

POR JUAN MANUEL SAYAGO

LA RENDICIÓN DE BREDA

La gesta de los Tercios en la guerra de Flandes



La mañana del 5 de junio de 1625, la puerta de s'Hertogenbosch se abrió y, a través de ella, la guarnición que defendió Breda dejó atrás una ciudad que sufrió asedio desde finales de agosto del año anterior. A mitad de camino entre la urbe y la línea de contravalación, el capitán general de los Tercios, Ambrosio Spínola, esperaba al conde Justino de Nassau, encargado de dirigir a los soldados neerlandeses.

A su paso, Spínola saludó cortésmente a Nassau y los hombres que abandonaban Breda devolvieron el gesto al pasar frente al general antes de continuar con su marcha hacia Geertruidenberg. Así concluyó el sitio de Breda, una de las grandes victorias obtenidas por la Monarquía Hispánica durante el reinado de Felipe IV, inmortalizada por la pluma de Calderón de la Barca y el pincel de Diego de Velázquez.

EL FINAL DE LA TREGUA DE LOS DOCE AÑOS

En 1609, la guerra entre la Monarquía Hispánica y las Provincias Unidas se encontraba en un punto muerto, en el que ninguno de los dos bandos vislumbraba una victoria. El ejército español había sido derrotado en la batalla de Nieupoort (1600), pero, ya comandados por Ambrosio Spínola, se había impuesto en Ostende (1604), Mülheim (1605) y Grol (1606).

Las campañas militares de 1606 hicieron patente que el avance sobre el territorio iba a ser lento, destructivo y costoso (tanto en vidas como en recursos). De hecho, en el verano de 1607, el nuncio apostólico Guido Bentivoglio informó de que el archiduque Alberto (soberano de los Países Bajos junto con su esposa Isabel Clara Eugenia, hija de Felipe II), Spínola y otros mandos militares y políticos concluyeron que, de continuar así, la guerra podría extenderse *ad infinitum*. El pensamiento general concluía que «Por cada cuatro palmos de tierra que hemos ganado, hemos necesitado cuarenta años de batallas» (Duerloo, 2018, p. 52). Además, la intervención de Francia e Inglaterra en favor de las Provincias Unidas había contribuido a la prolongación de las hostilidades.

Con gran tensión y desavenencias entre las delegaciones del rey Felipe III y los rebeldes de las Provincias Unidas, el 9 de abril de 1609 acordaron los términos de la Tregua de los Doce Años, ratificados por el rey español el 7 de julio. En el tratado, la delegación española reconoció, formalmente, la independencia de las Provincias Unidas, esperando una contrapartida por parte de los neerlandeses que no llegó. Sin embargo, algunas cuestiones económicas y comerciales de suma importancia no quedaron cerradas: los holandeses no estaban dispuestos a cesar sus incursiones y la piratería sobre las Indias Orientales y no quedaba claro si las Provincias Unidas iban a permitir el culto católico en público.

Con esas premisas en suspenso, en marzo de 1621, Petrus Peck, canciller del ducado de Brabante, fue a negociar la renovación de la tregua a La Haya en representación del archiduque Alberto e Isabel Clara Eugenia. Allí, la multitud arrojó a su carruaje piedras y excrementos, un mal comienzo que solo fue el anticipo de lo que sucedió a continuación. Sus propuestas fueron rechazadas de forma rotunda y, una vez expirase la tregua el 9 de abril, la guerra abierta se reanudaría (Duerloo, 2025, p. 6).

SPÍNOLA PONE EL FOCO SOBRE BREDA

La contienda se reanudó en tierra a finales de agosto de 1621 con el intercambio de fuego de artillería entre los fortines próximos a Sluis y con la captura de los holandeses de algunas barcasas españolas cargadas de grano en el Rin, a la altura de Wesel (Díaz, 2007, p. 19). Pronto, columnas españolas, al mando de Hendrik van der Bergh, tomaron la fortaleza de Rheidt y pusieron sitio a Jülich, guarnición que se rindió el 22 de enero de 1622, lo que provocó fuertes críticas hacia Mauricio de Nassau, comandante en jefe y líder político de las Provincias Unidas.

Sin embargo, el primer gran revés para la Monarquía Hispánica y el capitán general de los Tercios, Ambrosio Spínola, llegó con el fracaso de la toma de la ciudad costera de Bergen-op-Zoom. La operación causó grandes bajas en el ejército de Flandes, del que desertaron 2500 soldados, lo que disuadió a Spínola de emprender grandes acciones militares durante 1623.

Desde España se criticaba la inactividad de Spínola, fruto de burla entre los holandeses. En palabras del espía Manuel Sueyro «Mauricio se burla, los Estados se ríen, el pueblo se anima y en Ámsterdam se entretienen en comedias» (Díaz, 2007, p. 30). Sin embargo, ni Mauricio ni Federico Enrique de Nassau (medio

hermano del estatúder y uno de los militares más importantes de las Provincias Unidas) esperaban que la noche del 28 de agosto de 1624, Spínola tomara en un fulminante movimiento de tenaza los pueblos de Ginneken y Terheijden, situados al sur y norte de Breda, dando inicio al sitio de la ciudad el 1 de septiembre.

Spínola no eligió Breda de forma casual, pues era un enclave de gran importancia estratégica. La ciudad estaba próxima al corazón de las Provincias Unidas y situada en la confluencia de los ríos Mark y Aa of Weerij, por lo que la toma de Breda facilitaría al Ejército de Flandes cortar la navegación de buques neerlandeses en la frontera entre Holanda y Zelanda, lo que privaría al enemigo de una base desde la que lanzar incursiones sobre Brabante.

Además, Breda tenía un gran valor simbólico para los Nassau, pues era la primera posesión del linaje en Países Bajos desde el año 1404. Por lo tanto, para Spínola la toma de una ciudad de esa relevancia y tan fuertemente fortificada y defendida podía mermar la moral de los soldados holandeses (ya deteriorada por las fuertes cargas fiscales introducidas por el estatúder para sostener la guerra) y así forzar una negociación en condiciones favorables para la Monarquía Hispánica.

LAS FUERZAS ENFRENTADAS EN BREDA

A finales de agosto de 1624, Breda era una fortaleza formidable. Sus defensas se habían modernizado en 1533 y se hallaba protegida por quince bastiones, cuatro pequeños bastiones intermedios, cinco grandes hornabeques y un enorme foso, cuya anchura oscilaba entre los 55 y los 117 metros, por el que circulaban las aguas del río Mark, lo cual evitaba que este se convirtiera en un foco de pestilencia.

La ciudad, gobernada desde 1601 por Justino Nassau (hermano natural del estatúder), estaba preparada para el asedio. En el momento del cerco, la guarnición había sido aumentada a 5200 soldados, a los que había que sumar el apoyo de otros 1800 efectivos de la milicia urbana. Además, el consejo municipal de Breda había hecho acopio de suministros para aguantar hasta nueve meses (Swart, 2013, p. 47). Cabe destacar que el ejército de campaña holandés era entonces de 27 000 hombres, aunque para abril de 1625 aumentó a 46 000.

Para llevar a buen término el asedio, Spínola disponía de 28 000 hombres a finales de agosto, número que se elevó a 40 000 en octubre y a 60 000 hacia mayo de 1625. La procedencia de los soldados que combatieron bajo el estandarte de la Monarquía Hispánica era variada. Había infantería valona, alemana, italianos, franceses, ingleses e irlandeses. Los españoles que allí participaron estaban divididos en cuatro tercios, al mando de Francisco de Medina Carranza, Juan Carlos de Guzmán, marqués de Fuentes, Juan Niño de Távora y Villena y Diego Luis de Oliveyra. Junto a Spínola también estaban Gonzalo Fernández de Córdoba, Carlos Coloma, Luis de Velasco, conde de Salazar y el conde Enrique de Bergh.

SPÍNOLA FRENTE A NASSAU: ASEDIO Y RENDICIÓN DE BREDA

Conocidas las fuertes defensas de la ciudad, los generales al servicio de la Monarquía Hispánica descartaron tomarla al asalto. Por lo tanto, optaron por sitiarse hasta que los recursos de Breda se agotasen y la guarnición acabara rindiéndose a causa del hambre. Para dicha empresa, los soldados dirigidos por Spínola emprendieron la exigente labor de construir unas líneas de contravalación y circunvalación. Estas líneas tenían un perímetro que oscilaba entre los 17 y los 39 km. Además de ser reforzadas continuamente, cada 400 metros se instalaron fortines y reductos, los cuales debían servir como puestos de vigilancia para dar la alarma de los ataques provenientes de la ciudad y contraatacar. Entre estas líneas discurría una carretera que facilitaba la llegada de suministros y el movimiento de soldados.

El ejército de Flandes se dividió en cuatro sectores en torno a Breda: uno al este, próximo a la villa de Terteringen comandado por el barón de Balançon; otro al norte en Terheijden, dirigido por Paolo Baglione; al oeste, en la villa de Hage, estaban situados los hombres de Ernesto de Isenburg; y, al sur, en Ginneken se encontraba Spínola junto al maestro de campo Francisco de Medina. Además, había desplegadas tres baterías de cañones y morteros.

El objetivo de Spínola era mantener el bloqueo y asegurar el suministro y la logística de las posiciones del ejército de Felipe IV, para lo cual se emplearon entre 3000 y 4000 vehículos (Swart, 2013, p. 48). El general apenas pudo reutilizar pocos recursos de los alrededores de Breda, ya que los holandeses

aplicaron la táctica de la *tierra quemada*, inundando los alrededores de la ciudad, destruyendo 400 casas en los prolegómenos de la llegada de Spínola y arrasando bosques y cultivos.

Durante el sitio de Breda, los holandeses no permanecieron inactivos. Hasta febrero de 1625, por orden de Justino de Nassau, se producían salidas de la ciudad cada dos a cinco días con el objetivo de detener las construcciones que estaban levantando los hombres de Spínola. También la caballería neerlandesa hostigaba las líneas de suministro desde Bergen-op-Zoom e intentaron tomar la ciudadela de Amberes en dos ocasiones en 1624 de forma infructuosa.

Incapaz de hacer llegar suministros a Breda y sin infligir daños notorios en los soldados de la Monarquía Hispánica, Mauricio de Nassau murió el 23 de abril de 1625 y fue sustituido por Federico Enrique de Nassau. El nuevo estatúder intentó disolver el cerco sobre Breda el 15 de mayo de 1625, lanzando un ataque sorpresa sobre Terheijden que fracasó, perdiendo en la intentona entre 200 y 400 hombres.

Federico Enrique, que no quería arriesgar al grueso de su ejército en un ataque directo sobre las líneas de Spínola, dio por perdida una Breda azotada por la escasez de alimentos, las enfermedades y las tensiones entre soldados y civiles. El 2 de junio dio permiso a Justino de Nassau para rendirse ante Spínola y el 5 la guarnición abandonó Breda con honores militares, siendo despedida con un intachable respeto por el capitán general de los Tercios.

Durante los diez meses que duró el asedio, los soldados del Ejército de Flandes pasaron grandes dificultades. Las incursiones holandesas, el clima húmedo y frío del invierno y las largas privaciones de forraje y alimentos hicieron mella en ellos. De hecho, Carlos Coloma llegó a asegurar que los soldados holandeses que abandonaron Breda estaban en mejores condiciones que los suyos.

Los soldados al servicio de Felipe IV, entre los que había 7000 españoles, habían rendido Breda con gran sacrificio y esfuerzo, haciendo un auténtico alarde de resistencia y temple. Su victoria en 1625, junto con otras gestas militares de ese año como el socorro de Génova, la recuperación de la Bahía de Brasil o la defensa de Cádiz, insuflaron ánimos de una posible victoria en tan prolongada guerra. Desde entonces, Felipe IV recibió el apelativo de «Felipe el Grande» y Olivares llegó a escribir en ese «año milagroso» su famosa consigna «Dios es español» (Benavides, 2018, p. 220).

En Breda, los Tercios volvieron a dar ejemplo de resistencia y de destreza en combate, aguantando unas condiciones de lo más adversas. Allí, Spínola también se consagró como uno de los más reputados militares de la Monarquía Hispánica, considerando dicha gesta como el culmen de su carrera militar. Sin embargo, el equilibrio bélico surgido tras Breda fue deteriorándose y, con una Monarquía Hispánica con las arcas agotadas, la balanza fue inclinándose poco a poco a favor de las Provincias Unidas, que volverían a tomar Breda en septiembre de 1637.

Sin embargo, los ecos del sitio de Breda quedaron reflejados en la cultura. Pedro Calderón de la Barca compuso la obra de teatro *El sitio de Bredá* e, inspirado por ella, Diego de Velázquez inmortalizó la entrega de las llaves de la ciudad por parte de Justino de Nassau al general Spínola para decorar con ella el salón de los reinos del palacio del Buen Retiro. También Lope de Vega, en la égloga dedicada a Spínola de título *Diálogo militar a honor del excelentísimo marqués Spínola*, presta especial elogio a la toma de Breda (García, 2025, p. 52).

Tras la que es considerada la última gran victoria en Flandes, aunque España logró posteriores gestas en la Guerra de los Ochenta Años como la batalla de Honnecourt (1642), sucedió un episodio curioso en Breda. Una semana después de la toma, la infanta Isabel Clara Eugenia llegó al lugar y ordenó detener los festejos para celebrar la primera misa católica en la *Grote Kerk* por primera vez en treinta y cinco años. Aquella noche, la ciudad y la torre de la iglesia se iluminaron y las fogatas encendidas en las trincheras por los curtidos veteranos refulgieron en la oscuridad de los alrededores de Breda, como una silenciosa celebración de una de las más gloriosas victorias de los Tercios.

BIBLIOGRAFÍA

- Benavides, J. I. (2018). *Spínola, capitán general de los Tercios*. La Esfera de los Libros.
Díaz, M. (2007). *Breda 1625: el duelo final entre Spínola y Nassau*. Almena.

- Duerloo, L. (2018). De la guerra a la paz. La negociación de la Tregua de los Doce Años. *Desperta Ferro Historia Moderna* 35, 52-54.
- Duerloo, L. (2025). El final de la Tregua de los Doce Años. *Desperta Ferro Historia Moderna* 76, 6-12.
- García, B. J. (2025) La rendición de Breda y su impacto mediático. *Desperta Ferro Historia Moderna* 76, 46-52.
- Swart, E. (2013). El asedio de Breda, 1624-1625. *Desperta Ferro Especiales* VII, 46-53.